



CRONICARIO DE UN RÍO AL BORDE DE LA MUERTE

El Mataquito, costumbre rurales y medioambiente

JOSÉ DOMINGO BARROS CATALÁN

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA

Categoría: Crónica

Profesor guía: Hans Stange Marcus

Santiago de Chile

Noviembre 2019

ÍNDICE

Prólogo:	2
Introducción:	4
Crónica primera: La historia del Mataquito	8
La patrona de las montañas:	11
Los rancheros del campo seco:	20
El guardián del bosque de cerezos:	33
El pescador y el tronco fantasma:	44
Bibliografía:	55

PRÓLOGO

El inicio de esta investigación tuvo lugar en la autopista Vespucio Sur. Y como muchos relatos, nació de un hecho casi mágico, pero brutalmente real. Dejar la ciudad en la que se nace para ir a estudiar a la universidad, algo que parece casi natural para muchos provincianos, obligados a vivir en un flujo constante, entre el hogar y una nueva vida en la capital. Ese ir y venir infinito suele ser un viaje melancólico acompañado de los arreboles del amanecer y atardecer.

Pero uno de esos viajes fue especial. En la plenitud de la primavera, atravesando el concreto infinito de las autopistas que irrumpen en las poblaciones más marginales del Gran Santiago, de pronto se cruzó un flujo tan inusual como mágico. Se trataba de una corriente de mariposas que cruzaba la autopista en una eclosión masiva de crisálidas que se soltaron a volar juntas en una brisa de primavera.

El fenómeno suena precioso, pero fue una monstruosidad. El parabrisas del auto impactó de lleno contra la ola de mariposas mientras ellas cruzaban ingenuas la autopista. Una tras otra estallaron contra el vidrio tiñiéndolo con manchas de esporas naranjas. Los humanos en el auto enroscaron sus cuerpo contra sí mismos. Se escuchó el grito silencioso de las mariposas al morir atropelladas en masa.

Esquivarlas o detener el auto era imposible. Lo único a lo que atinó el conductor fue a activar el limpiaparabrisas que removió los cuerpos muertos del cristal. Sólo se escuchó en silencio el angustiante sonido de la limpieza del agua que se mezcló con las esporas naranjas que dejaron las mariposas.

Se mantuvo el silencio un par de minutos y pensamos en si era inevitable o no nuestro crimen. Pensando en nuestro porcentaje de culpa. En la fragilidad de las víctimas y en el poder de los victimarios. Mi única conclusión fue que lxs humanxs causamos más daño del que sabemos. Y que como especie estamos en deuda con el ecosistema. Esta memoria es un triste intento por hacer algo.

Utiliza como hilo narrativo las aguas del río Mataquito que vieron nacer al humano que escribe estas páginas, quien aprendió a observar sus aguas y reconocer sus ciclos, a saber porqué su caudal aumenta o decrece, por qué sus aguas se tornan cenizas, turbias o cristalinas. Fue un aprendizaje inconsciente, que tomó forma mientras estas páginas fueron pensadas y escritas.

INTRODUCCIÓN

Un río es un curso de agua que divide la tierra pero que aúna la vida en todas sus expresiones, logrando la confluencia de todos los reinos que albergan la existencia. El reino animal, el reino vegetal y el reino fungi se unen en una entropía infinita de la que nacen distintas expresiones de seres vivos. Ahí radica la riqueza de la biodiversidad.

El río Mataquito está ubicado doscientos kilómetros al sur de Santiago de Chile, en la región del Maule y es la médula ósea de la Provincia de Curicó. Se forma luego de la confluencia del río Teno y del río Lontué, pero también está enriquecido por innumerables esteros, vertientes y canales, cuyas aguas unidas continúan hasta desembocar en el Océano Pacífico.

Acá se gestó un tipo de ecosistema que los científicos llamaron bosque esclerófilo y que existe sólo en este rincón del fin del mundo, entre la región de Valparaíso y del Bío Bío, dadas las particulares condiciones de la geografía de este territorio. El Mataquito, entonces, se ubica en el corazón del bosque esclerófilo.

Es un ecosistema frágil, protegido por barreras naturales extremas. Los Andes, el desierto de Atacama y el Océano Pacífico circundan este bosque. Según la mirada occidental estamos en el fin del mundo. Quizás lo piensan porque fue uno de los últimos lugares que conoció la mirada europea.

Acá se originaron algunos de las especies más diminutas del mundo, como el pudú que es el ciervo más pequeño, o la güiña que es el felino de menor tamaño. Pero también algunas de las más antiguas, como las araucarias y los alerces que alcanzan edades milenarias.

Sin embargo, la armonía que existía fue desbalanceada cuando los humanos nos levantamos por encima de todas las demás especies y rompimos el equilibrio a nuestro favor.

Ésta es la historia de un río, pero también es la historia de todos los ríos.

La zona centro del territorio que conocemos como Chile está marcada por cuatro hitos del relieve que conforman su paisaje, sus habitantes y las actividades que acá se desarrollan. La cordillera de los Andes, la Depresión Intermedia, la Cordillera de la Costa y las Planicies Costeras condicionan la vida y los ecosistemas.

Existe cuerpo de agua que recorre y unifica todo el relieve. Los ríos y en el caso de esta memoria, el Río Mataquito atraviesa el territorio de este a oeste y en su cuenca nació la Provincia de Curicó.

Curicó es una palabra que proviene del mapudungún y significa aguas oscuras o aguas negras. Los mapuches fueron los primeros habitantes de estas tierras y en su observación del río decidieron nombrarlo así.

El pueblo mapuche se caracterizó por vivir en medio de la naturaleza sin generar mayores cambios ni impacto en ella, recolectaban frutos del bosques y cultivan algunas hortalizas que aprendieron en su contacto con el Imperio Inca.

Actualmente todos los hitos del relieve han sido presa del extractivismo y las políticas neoliberales. Los monocultivos invadieron un ecosistema que durante siglos de evolución generó el bosque esclerófilo, único en el mundo dadas las características geográficas particulares de este territorio.

Los cuatro elementos fueron corrompidos y contaminados. La tierra es explotada por la industria minera, forestal y agrícola. Que a su vez botan sus desechos en el agua que recibe todos sus químicos. El fuego ese corrompe con la combustión de hidrocarburos que son el alimento del motor del progreso. Que a su vez libera los residuos de esa combustión al aire, contaminando y destruyendo la capa de ozono que nos protegía de los rayos nocivos del Sol.

Nunca en la historia de este territorio se vio esta magnitud de destrucción y contaminación en contra de la biodiversidad. El postextractivismo desatado en Chile y todos sus abusos no afectan sólo a los humanos, sino que a todas las formas de vida.

La certeza generalizada de que este sistema es insostenible desató, junto a otros elementos, la violencia y las manifestaciones ocurridas desde el 18 de octubre de 2019, durante el gobierno de Sebastián Piñera. Toda esta revolución se desarrolla mientras las últimas páginas de esta memoria son escritas y editadas.

En estas páginas se cuentan historias que se desarrollan en un sólo río, pero que dan cuenta de un problema sistemático, cuyas lógicas están respaldadas en un ordenamiento jurídico creado durante la dictadura militar y que fueron conservadas y profundizadas durante los gobiernos de la transición hacia la democracia.

La raíz del problema actual parece estar en el neoliberalismo, un modelo económico que nació en occidente, en un momento en que el capitalismo se alzó por sobre todos los otros sistemas económicos y creó sus bases en Estados Unidos, desde donde se esparcieron al resto del mundo.

La historia del Mataquito da cuenta de la forma en que nos relacionamos con el ecosistema, un problema que además medioambiental es planetario y que los gobiernos mundiales siguen ignorando en pos del crecimiento económico, el progreso y la acumulación de riquezas.

El fin de esta memoria es revisar el estado y las costumbres actuales de la cuenca del Mataquito. Por eso serán expuestas las historias de diversos actores de la vida en torno al río.

En las siguientes páginas aparecerán los relatos de cuatro historias principales. Anita Zelda, la patrona de las montañas. Mario y María Inés Catamore, los rancharos del campo seco. Gustavo Veas, capataz del bosque de cerezos. Y Luis Oyarce, el pescador del tronco fantasma.

CRÓNICA PRIMERA, LA HISTORIA DEL MATAQUITO

Actualmente en estos territorios la principal actividad económica es la agricultura, fundamentalmente de viñedos y frutales. El destino de estas tierras es controlada por algunas familias españolas y sus descendientes, que llegaron durante la colonia o escapando de la guerra civil liderada por Francisco Franco.

El poeta Pablo De Rokha nació a orillas del Mataquito a la altura de Licantén. Escribió a principios del siglo XX que las antiguas familias viñateras de apellidos colmados de erres son las que controlan el destino del país. Y en las tierras que este río riega, el tiempo parece estar congelado. Y no sólo en el poder que esas familias detentan, sino que en los modos de coexistencia en las labores campestres. Aún se respira olor a medioevo, a feudos y vasallaje.

Este vasallaje se materializa algunas acciones muy concretas. Como cuando la hija de algún patrón visita el campo un día domingo, los trabajadores alejan su vista de la persona que el dueño de las tierras atesora. Basta con que alguna de estas niñas de cabellos claros salga a cortar flores, a buscar huevos para la hora del té o a jugar con los animales, para que los inquilinos bajen la vista, ocultándose tras sus sombreros de paja y se retiren en sus casas o a la sombra de algún sauce.

En general, las gentes se resignan y agachan la cabeza. El cristianismo caló profundo en estos lugares y los neo vasallos esperan que en el más allá florezcan sus frutos. Porque de los frutos que acá cultivan, sólo ven paupérrimos sueldos.

Quizás el paisaje ayuda a sopesar las penas, el clima templado logra que el paso de las estaciones en este lugar sea un espectáculo cada año. Los viñedos y árboles frutales expresan a cabalidad el ciclo del sol. En primavera explotan las flores que llenan los campos con sus colores. Los primeros en florecer son los prunos, seguidos por los cerezos que emulan la nieve de la cordillera con sus flores blancas. Más tarde los manzanos, perales y duraznos. Y así un sin fin de colores, texturas visuales y olores. Hacia el final de la primavera los yuyos llenan el horizonte de amarillo intenso.

En verano las hojas se toman el espacio y brillan fulgurantes mirando al Sol. Destacan sobre el amarillo seco de la hierba que se quedó pétrea esperando las lluvias para volver a nacer en invierno.

En otoño los árboles se tornan amarillos y los viñedos se tiñen de rojo antes de botar sus hojas, recordándonos el calor desolador que dejó el verano. El olor a mosto invade la escena y el jolgorio de las vendimias alegra al pueblo que se reúne en una fiesta pública en la plaza de armas de cada ciudad.

Y en invierno los árboles quedan desnudos, desprotegidos. Pero el espíritu del agua se apiada de éstos y se transforman en una niebla espesa para cubrir sus pudorosos troncos. Sólo la cordillera, alba en ésta época, los observa desde lo alto, esperando que la primavera derrita sus nieves y así regar nuevamente a las tierras y hacer brotar al reino vegetal.

Pero las viñas no reinaron desde siempre en estas tierras. Hubo una época en que eran otros frutos que endulzaban las mesas de las gentes, como el maqui o la murta. Una era sin invasores violentos, ni armas de fuego.

La era de los Picunches

La palabra Mataquito posee dos significados, que nacen de las primeras comunidades que lo habitaron. Según el historiador René León, la zona fue la frontera entre el imperio Inca y el pueblo Mapuche. La influencia incaica fue considerable, aportando con métodos de agricultura y ganadería. Trajeron llamas como bestias de carga, pero éstas se atemorizaban ante las agua del Mataquito, negándose a cruzarlo. Le expresaban este descontento a sus cuidadores gritando o coceando. Frente a esta situación, los pastores incas le dieron un nombre aimará al río: “Mataquetha”, que significa “dar coces el llama” o lugar donde las llamas cocean.

El otro significado nace del mapudungún, de los sonidos “matha” y “cütün” que significan médula y estrujar respectivamente, por lo que su traducción al español sería estrujar la médula.

Esta doble significación es un vestigio del encuentro entre ambas culturas. El Mataquito fue la frontera natural entre incas y mapuches, pero fue una frontera permeable que permitió el comercio y el tránsito para ambos pueblos.

El filósofo y académico Gastón Soublette, quien desarrolló gran parte de sus estudios en torno a la etnia mapuche, relató en su clase sobre las revoluciones -parte de su cátedra llamada *Poética del acontecer*- que el emperador inca invitó a una agrupación de líderes mapuches a conocer el Cuzco para proponerles anexar sus tierras a las del Imperio del Tahuantinsuyo. Les mostró sus riquezas y avances tecnológicos, desplegaron banquetes en su honor para disuadirlos y unir sus territorios.

Pero los líderes mapuches decidieron mantener su autonomía porque no les interesaba mayormente toda esa riqueza, ellos sentían que la Araucanía era su hogar y que ya vivían en el paraíso. La opulencia inca les parecía un precio demasiado alto en comparación a lo que ya tenían.

Por ese motivo, el límite entre estas culturas fue el río Mataquito y el comercio fue fructífero entre estos pueblos. Los incas nunca conquistaron al pueblo Mapuche. Pero con la llegada de los españoles esta frontera perdió el sentido, el imperio Inca fue conquistado y anexado bajo la corona de los reyes católicos, mientras el pueblo mapuche aún resiste.

El río que los españoles conquistaron

La resistencia fue desde un inicio. En la época de la conquista, el Mataquito fue testigo de uno de los hechos más recordados de los enfrentamientos entre mapuches y españoles. Fueron sus aguas quienes vieron la decapitación de Lautaro, luego de que sus aliados de la zona traicionaron entregando su ubicación a las tropas de Francisco de Villagra.

En 1544 en Lora -sector aledaño al río por su ladera oriente- unos 600 indígenas vieron al conquistador Pedro de Valdivia huyendo de Lautaro. El toki mapuche venía tras los pasos del español con una drástica estrategia. Con herramientas que habían arrebatado a los mineros de Coipoa, los mapuches a fuerza de picos, barretas, azadones, palos y cuanto pudieron

encontrar, construyeron una represa de baja altura en el río. Esta suerte de represa inundó el valle de Lora que en esos años estaba tejido por canales de regadío, lo que acarreó serios problemas para Valdivia y su contingente. Con el valle completamente inundado se hizo imposible el avance de los caballos españoles. La represa mapuche formaría en el futuro lo que hoy conocemos como Puente Lautaro.

Más tarde, Lautaro tendría serias diferencias con el Cacique Chillicán, uno de sus más poderosos asociados. Estas diferencias se debían al gran despotismo sobre los pacíficos Picunches de Lora por parte de Lautaro. Una vez rota la asociación entre Lautaro y Chillicán el primero vio que sus huestes habían aminorado en cantidad y poderío, sin embargo, emprendió viaje para refugiarse en la zona de Peteroa. Fundamentalmente por el exceso de confianza, descuido y traición de un Picunche cae Lautaro abatido y con él las expectativas araucanas de liberación.

Luego de este hecho, la frontera araucana del Mataquito se vió perdida y se replegó hasta el Bío Bío, que aún es recordada como la frontera histórica en la época de la conquista entre españoles y mapuches.

Una vez que los conquistadores españoles ya habían dominado la zona, establecieron en estas tierras parte importante de sus cultivos. A principios del 1800, el Virreinato del Perú era una potencia en América que necesitaba ser alimentada, y en los valles adyacentes al Mataquito, cultivaron trigo y fundaron algunas ciudades para capitalizar esta industria. Así se fundaron ciudades como Molina y Lora.

Esas ciudades eran productoras de harina con la que se haría el pan para alimentar a los obreros del Virreinato del Perú cuya misión era extraer el oro que enviarían a España. Por esa actividad, estas tierras generaron riquezas y se formaron pequeñas fortunas y terratenientes con importancia hasta la actualidad.

LA PATRONA DE LAS MONTAÑAS

El inicio del río

Antes de la conformación del Mataquito, en un pueblo cordillerano en los faldeos de Los Andes se ubica El Yacal un caserío en el que vive un puñado de familias a orillas del Río Lontué, uno de los afluentes principales del Mataquito. Es un escenario onírico, brutalmente campestre, extremadamente decadente e infinitamente hermoso.

La mayoría de las casas se levantaron a un costado del camino principal y poseen el terreno suficiente cultivar una chacra con algunos árboles frutales y verduras. Las casas son casi todas de cemento o madera y sus colores son diversos. Mientras la vegetación sigue su ciclo, las gallinas transitan libres entre los patios buscando insectos, semillas y pastos.

En medio de estas casas, se asoma entre árboles centenarios una estructura que se distingue, una antigua casona que parece una fortaleza cordillerana de adobe y tejas. Un verdadero castillo feudal criollo, pintado de rojo colonial y tejas color tierra.

Se trata de la casona del Fundo Santa Ana que se encuentra siguiendo el camino que cruza el río, una vez se bifurca al encontrarse con el parque que acompaña a la casona. Fue diseñada por Joaquín Toesca, el arquitecto italiano encargado de construir El Palacio de La Moneda, los Tribunales de Justicia y la Catedral de Santiago.

Es una construcción inmensa, los corredores que la circundan abarcan una distancia similar a una cuadra del plano damero tradicional. Está hecha con adobe, tejas y maderas nativas. Las murallas tienen un acabado que sólo el tiempo puede lograr, innumerables capas de pintura rojo colonial, una sobre la otra formaron una textura especial, que sumada al descascarado de algunos sectores dan la sensación de un cuidado abandono.

Sobre todo en la capilla construida en el ala norte de la casona, que da al camino que lleva hacia lo profundo de las montañas. Todo los domingos suena la campana de bronce cuando el cura llama a los feligreses de la iglesia El Yacal. En la cruz figura un Cristo hecho de mimbre y cochayuyo. Lo más característico de la capilla es el viacrucis, que muestra a Jesús cargando

la cruz en plena revolución industrial. En vez de los montes de Jerusalén hay fábricas que expulsan humo negro desde sus chimeneas. Y en vez de centuriones romanos, son milicos quienes crucifican a Jesús. Este es el único sector de la casona que aún se usa con fines sociales.

Y es que la casona está en ruinas. Con los terremotos algunos de los pastelones de adobe sucumbieron y la casa se llenó de grietas. Parte de la revestidura colapsó y se ven las capas de la muralla. Hay una capa de barro, seguida de un entramado de coligües, pastelones de adobe, más coligües, más barro y finalmente una delgada capa de yeso que da al interior. Cada grieta es como una herida expuesta.

Luego del último gran terremoto en el 2010, las tejas del techo colapsaron y fueron restauradas para que las lluvias no estropearan el interior de la casa, pero el dinero sólo alcanzó para restaurar esa parte. Así que su dueña cubrió los muebles con sábanas blancas esperando algún día juntar lo necesario para completar la restauración de la casona.

Mientras tanto, guardan ahí los fardos de alfalfa para alimentar a los animales durante el invierno. Ya no son personas quienes habitan esta vetusta casona, sino que ahí conviven muebles cubiertos con sábanas, fardos de paja, polvo y telarañas. Y algunas veces, si alguien descuidó la cerradura de hierro forjado que custodia la entrada, hay un caballo que se cuele atraído por el olor a alfalfa seca.

Alrededor de la casona, crece el parque libre, atravesado por tres acequias que le brindan el agua necesaria para mantenerse verde todo el año. Entre todo este verdor se yergue por sobre todos los demás árboles un tilo que fue plantado mientras hacían los cimientos de la casa, por lo que la edad le dió un tronco tan grueso que se necesitan seis personas para abrazarlo.

Tan particular como la casona lo es su dueña, Ana Zelada. Una mujer de 70 años que se ha hecho cargo de administrar las tierras del fundo luego de enviudar y que se ha enfrentado a las vicisitudes de ser mujer en un contexto rural.

Ana llegó a vivir al Yacal a causa de la dictadura. Su esposo Eugenio Urrutia era gerente de una de las empresas del Estado y fue despedido luego del violento término del gobierno de

Allende. Con la indemnización por sus años de servicio compró el campo. Sin embargo, los primeros años fueron un desastre en términos económicos, a causa de una mala administración de los terrenos agrícolas el campo salió a remate.

Pero Ana no estaba dispuesta a perder el paraíso en el que vivía, por lo que decidió usar los ahorros que tenía y que venían del dote que sus padres le dieron al casarse. Con esa plata compró de nuevo el fundo y lo nombró Fundo Santa Ana. Desde entonces decidió hacer la cosas a su modo.

Se convirtió así en la patrona del fundo. Estatuto similar, pero muy distinto al que posee el patrón de fundo. En el caso de un patrón de fundo, por el sólo hecho de hacerse dueño de la tierra y ser quien emplea a campesinos, inquilinos y trabajadores, obtiene una fuerza y autoridad inmediata.

En el caso de una patrona de fundo es distinto. Esa autoridad no recae en ella como en el caso de su homónimo masculino, porque existe desconfianza hacia una figura femenina como jefa en el campo.

Para Ana el camino fue adverso y tuvo que cambiar sus modos en el trayecto. Según cuenta ella misma, sacó la voz, se hizo más ronca y empezó a hablar más fuerte y seco. Adornó sus discursos y conversaciones con garabatos e improperios. Sus favoritos son mierda, huevón y huevada; y los usa bastante, pero sin abusar de los términos. “Da gusto escuchar un garabatos bien dicho de vez en cuando”, asegura riendo.

Masculinificó sus formas y sus modales para hacer valer su palabra y sus mandatos. Con el tiempo ganó el respeto de sus trabajadores y vecinos, pero es consciente que una voz femenina en campo vive cuestionamientos constantes. Y esa es una de sus luchas.

La vida cordillerana

Desde que Ana decidió hacerse cargo del campo despreció los químicos y pesticidas. Sabía el daño que le hacen a las personas y al ecosistema. Según ella son venenos hechos para matar y en algún momento terminan matando a las personas también.

Decidió que lo mejor dado las condiciones en la precordillera era la crianza de ganado. Por eso empezó a comprar vacas y caballos. Paralelamente, en algunos de los potreros plantó alfalfa para alimentar a los animales en las épocas en que el pasto es escaso. Y también para venderle a otros ganaderos de la zona y así costear otros gastos.

También tiene un rebaño de ovejas que son custodiadas por uno de sus trabajadores. Él duerme junto a ellas para ahuyentar a los perros salvajes y cuatrerros que las atacan en la oscuridad. Para encontrarlos es mejor ir de noche porque durante el día salen a pastorear y es difícil ubicarlos.

De noche se guardan en un potrero cercado, que en el medio tiene un sauce que bajo sus ramas lloronas esconde una colcha de cartones y pieles de oveja. El cuidador despertó al notar que alguien se le acercaba, pero se quedó donde estaba. “Me llamo Domingo, estoy escribiendo sobre la señora Ana Zelada y quise conocer las ovejas”.

Respondió que se llamaba Sergio y que no había problema con conocer las ovejas. Prendió un foco que tenía y de pronto, entre medio de la oscuridad aparecieron cientos de ojos incandescentes que observaban atónitos.

El cuidador las correteó hasta que empezaron a correr despavoridas de un lado a otro del potrero. El choque de sus pezuñas contra la tierra resultó ensordecedor en medio de una noche en la que sólo cantaban algunos grillos.

Resultó inquietante la forma en que importunó a los animales, como si no importara en lo absoluto su tranquilidad. Se reía mientras las ahuyentaba y luego las apuntaba con su linterna encandilándolas. Como si el capricho de un periodista por conocer unas ovejas fuera más importante que la paz del rebaño.

Sin embargo su nombre no era Sergio, sino que se llamaba Domingo igual que quien escribe. Pensé que en estos lugares tan alejados de lo urbano, la voluntad de verdad no opera. Y que vale más la protección del nombre propio, porque en pueblos como el Yacal el anonimato no existe.

Pero no sólo de ganado se vive en estas tierras. Ana también plantó también árboles frutales como manzanos, membrillos y ciruelos porque se dan bien en ese clima. Se trata de vivir una especie de autarquía, o al menos cultivar lo necesario para tener comida todo el año y con las ganancias comprar lo que acá no hay.

También plantó un par de potreros con frambuesas porque en general tienen buen precio y para tener mermelada de frambuesas en invierno. Sin embargo, últimamente han habido años en que el precio de las frambuesas es tan bajo, que es mejor no cosecharlas porque es más caro pagar la mano de obra que la ganancia que se obtiene de la venta.

En la chacra de la casona se dá lo necesario para alimentarse y con las ventas de alfalfa y ganado Ana tiene lo suficiente para pagarle a los trabajadores del fundo. Es una vida sencilla y sin mayores lujos, pero Ana lo prefiere así. Una austeridad que según ella, ni los nuevos ricos ni las nuevas generaciones entienden.

Sin embargo, pese a todos los esfuerzos que Ana hace por mantener un sistema de vida en conciencia con el medioambiente, hay otros quienes no sienten ninguna empatía con el ecosistema y prefieren enriquecer sus arcas.

Deforestación y postcolonialismo

Al igual que en muchas otras comunidades cordilleranas del centro sur de Chile, el mayor conflicto que afecta al territorio de El Yacal es la depredación forestal. La mayoría del bosque nativo ha sido explotado y reemplazado por cultivos industriales.

El mayor problema de este tipo de cultivos es el impacto negativo que generan en la calidad del suelo y las riquezas de la tierra. Las especies industriales fueron elegidas por la rapidez de su crecimiento, adecuándose a una lógica de cultivo extractivista. Los pinos

insigne y los eucaliptos demoran 30 ó 40 años en ser explotados para su venta, mientras que las especies nativas demoran un par de cientos de años en llegar a su edad adulta.

Pero el rápido crecimiento de pinos y eucaliptos tiene un costo directamente proporcional con la cantidad de agua que necesitan. Necesitan tanta agua que sus raíces crecen directo hacia las napas subterráneas generando sequía y empobrecimiento del ecosistema. A diferencia de los bosques nativos, que ayudan a retener el agua en la tierra, lo que ayuda al crecimiento de otras especies como arbustos, musgos y hongos.

Además, los pinos desprenden una resina que acidifica el suelo y no permite que crezcan otras especies, atentando en contra de la biodiversidad. En esta zona del mundo se desarrolló el bosque esclerófilo, un tipo de bosque único en el mundo, el cual está siendo reemplazado por especies que traen sequía y muerte.

Ana comenta que su mayor enemigo en El Yacal es la familia Von Bavel, quienes se han dedicado a los cultivos industriales desde hace décadas.

Esta parte de la historia se remonta a la década de los 70, cuando Andreas Von Bavel llegó a Chile junto a su mujer. Fue contratado por el grupo Angelini como parte del equipo de ingenieros a cargo de la construcción de la celulosa Arauco. Una vez terminado ese trabajo decidió quedarse en Chile y formar una familia acá.

En 1974 fundó Frutifor, una empresa forestal que compró tierras en la provincia de Arauco y luego en 1985 compró tierras en El Yacal. Según la información que ostentan en la página oficial de su compañía, en total suman cinco mil hectáreas de las cuales el 80% corresponde al cultivo de pinos.

Ana comenta que los Van Bavel están depredando a los demás propietarios de la zona. Cuando algún productor tiene pérdidas un par de años seguidos y se ve en la obligación de vender sus tierras, aparecen los Van Bavel para comprar sus tierras a un precio mucho más bajo del que realmente tienen.

En El Yacal poseen además cultivos industriales de frutales, pero su principal actividad está enfocada en la industria forestal. Mantuvieron sus vínculos con la celulosa Arauco, y le venden a ellos una buena parte de los bosques que explotan.

La destrucción de los bosques

Entre los cajones cordilleranos de Los Andes se coló el estruendo de las aserradoras que cortan los pinos que invaden las laderas de los cerros. Mientras se desploman sus cuerpos aún vivos, los pocos animales que pueden vivir bajo su ácida sombra huyen en busca de un nuevo hogar, dejando atrás sus nidos e hijos.

El polvo se mezcló con el viento mientras los árboles chocaban contra el suelo. En esta polvareda absurda apareció una figura antigua, de cabellera plateada y falda. Sus ojos permanecían inmóviles en el medio de esta destrucción. Estaban húmedos, pero ni una sola lágrima se dejó caer ese día.

Ana Zelada observó impotente la tala de pinos en la propiedad de uno de sus vecinos. Sus troncos agónicos fueron transportados hacia los aserraderos y plantas de celulosa. Su venta fue pactada hace 30 años, cuando éstos eran apenas una semilla.

Este pacto de destrucción fue hecho décadas atrás y bajo el amparo de una ley que nació en dictadura y que fue revalidada durante los gobiernos de la concertación. Una ley que fomenta una industria que sirve para el enriquecimiento de las mismas familias de siempre, al mismo tiempo que seca la tierra y los cordones montañosos que recorren este territorio.

El Decreto Ley 701 fue creado en 1974 durante la dictadura de Augusto Pinochet como medida para reactivar la economía. Fue impulsado por el entonces ministro de economía Fernando Leniz y por el director de Corfo en esa época Julio Ponce Lerou, yerno de Pinochet.

Su objetivo fue impulsar el desarrollo forestal e industrial, principalmente a través de las papeleras. Este Decreto entrega hasta un 75% de bonificación para la forestación en base a

monocultivo, principalmente eucaliptos y pinos y ha llegado a subvencionar el 90% de la forestación en algunos casos.

Este beneficio, fue aprovechado por los grandes grupos económicos. Principalmente por grupo Angelini propietarios de la Celulosa Arauco y por el grupo Matte dueños de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones CMPC, quienes fueron los responsables del delito de colusión en el precio del papel higiénico. Juntos concentran aproximadamente el 75% de las exportaciones del mercado forestal a nivel nacional. Es más, Arauco tiene una participación en el mercado internacional del orden del 25%, que lo convierte en el mayor productor de celulosa cruda del mundo.

Tras la implementación del decreto, el bosque nativo comenzó a desaparecer gradualmente en medio de acusaciones de talas ilegales e incendios sospechosos. Según Ana, que ha vivido la totalidad del proceso, el principal daño de las plantaciones de árboles ha sido la sequía y la condena irreparable para los suelos.

Festejo estilo cordillerano

Es septiembre y la primavera está a punto de llenar el paisaje con sus flores. Los últimos días del invierno coinciden con la celebración de las fiestas patrias en Chile y en el Yacal los festejos son un evento especial que reúne a las familias.

Ana invitó a sus hijos a celebrarlo con ella. En el patio de la casa de inquilinos donde vive se dispuso un fuego rodeado de rocas en el centro del patio, circundado por un grupo de troncos que funcionan como asientos. A un costado, el horno de barro hecha humo el que se eleva en dirección al sol de septiembre.

Esta escena se encuentra en medio de un pequeño bosque de membrillos y ciruelos que aún conservan algunas de sus últimas flores, las que crecen entre las primeras hojas que se asoman en la explosión del verde primaveral.

Para comer hay un menú típico. Para esperar el asado hay peques, similares a las empanadas de pino, pero sin carne. Consisten en una empanada de cebolla sofrita con grasa

de burro, mantiene eso sí el huevo duro, las pasas y la aceituna. El asado es carne de un novillo que mandaron a matar para la ocasión, por lo que los cortes son diversos. Es en estas fiestas que la expresión “se comieron una vaca” cobra sentido.

El postre corresponde a una torta de milhojas con manjar y crema pastelera, intercaladas en capas bicolors perfectamente distinguibles y hecha completamente a mano por una señora que vive en los alrededores. El amarillo intenso de la crema pastelera fue logrado con la yema de huevos de campo y no de los colorantes sintéticos de las tortas industriales.

Después de almorzar la familia decidió ir a dar un paseo por el patio de la casona. Anita comenta que en esta época el parque luce como en ninguna otra época del año. Las camelias abren al fin sus botones y muestran sus flores rosado pálido, a su sombra, crecen los narcisos amarillos que bailan con la brisa de septiembre contoneándose para resto del jardín.

Luego del recorrido por el parque, los nietos de Ana planificaron una cabalgata hasta el tranque. Ellos viven en Santiago y visitan a su abuela un par de veces al año. El choque de ambas cosmovisiones es evidente. Lo antiguo con lo nuevo, lo rural con lo urbano, el verdor y el concreto. Pero pese todas las diferencias, siempre hay punto de encuentro.

Cabargar con los queltehues

La cabalgata partió desde el patio de la casa en que Ana vive actualmente y siguió por la entrada de las caballerizas de la casona. Desde ahí es fácil entrar a los potreros que están atrás de la casona y conducen al lugar.

El tranque fue mandado a hacer por Ana hace unos diez años atrás, cuando la sequía se empezó a hacer insostenible. Ella culpa a los pinos de los Van Bavel, que desde hace tiempo están secando las napas y los canales redujeron su caudal. Pero contra eso no puede hacer nada, hay leyes que amparan ese tipo de industrias y Ana siente que una lucha en contra de todo un ordenamiento jurídico es demasiado para una mujer de 70 años.

Sigue la cabalgata. Se atraviesa una coliguacha en el camino, sólo eso separa a los jinetes del tranque. El menor de los cabros se bajó del caballo para abrir la cerca y que los demás pudieran pasar. Una vez que todos cruzaron, cerró el paso.

Eran como las seis de la tarde y los últimos rayos de sol se colaban por la cima de los cerros que forman el cajón en El Yacal. Una luz dorada cubría el pasto y las copas de los árboles, al final del predio la luz se reflejaba en el agua del tranque que destellaba como si fuera oro.

De pronto los caballos empezaron el galope excitados por llegar a la meta. Los cuatro caballos con sus jinetes arriba cruzaron el potrero corriendo mientras los últimos rayos de sol acariciaban la escena. Una bandada de infinitos queltehues desplegaron el vuelo ante la abrupta invasión que presenciaron. Su canto al emprender el vuelo es uno de los sonidos más característicos de esta parte del mundo y mientras se alzaban hacia lo alto rodearon a los intrusos que pisaron su territorio.

Los queltehues no atacaron a nadie, pero sus gritos no eran de bienvenida. Ellos saben que los humanos arrasan con todo a su paso con tal de conseguir lo que quieren. Ellos simplemente se alejaron volando hacia los arreboles que el atardecer pinta en el cielo. Y esperando, quizás, que algún día se acabe la miseria que los humanos trajeron a la tierra.

LOS RANCHEROS DEL CAMPO SECO

Viviendo en la penumbra

Mientras el Lontué sigue su curso, más al norte el otro gran afluente del Mataquito recorre el valle regando las tierras a su paso. El río Teno avanza raudo y alberga a varias comunidades en su marcha. Una de ellas es la localidad de Sarmiento, un pueblo anexado a la comuna de Curicó que en el último tiempo vivió un incremento exponencial en el número de sus habitantes.

Pasó de ser un poblado rural ligado al cultivo de viñedos a una localidad agroindustrial que funciona como ciudad dormitorio anexada a la capital provincial. Acá se construyeron un gran número de viviendas de subsidios estatales que albergan a habitantes de la zona, pero también a un gran porcentaje de personas que vivían en tomas en Santiago y fueron reubicadas. Esto incrementó la población de 4 mil a 15 mil habitantes durante la última década.

Las nuevas poblaciones tienen calles angostas y abunda el cemento. Las casas están prácticamente una encima de la otra y completamente enrejadas. Las plazas son peladeros estériles de tierra y maicillo que de día albergan a niños y durante la noche a los pastabaseros. El hacinamiento es igual que en cualquier población santiaguina, con la diferencia que acá los terrenos abundan y son más baratos.

Esta forma de urbanización responde a un modelo que recorre todo Chile. Si en 1800 se seguía el plano damero para el crecimiento de las ciudades, hoy se utiliza el plano poblacional si eres pobre y el plano condominio si eres clase media. Y Sarmiento sólo crece en modo poblacional. La región del Maule posee los índices de distribución del ingreso más desiguales del país.

Este pueblo es un lugar marginal, vive en una tensión constante entre lo urbano y lo rural, en ese límite difuso entre tierra y pavimento. Y es un límite visible para todos, se presenta de

manera concreta en algunos lugares en donde la tierra se adentra en el pavimento en forma de huellas de barro y el pavimento se mezcla con la tierra al romperse e incrustarse en ella.

En esos caminos proviene la tierra y se acaba el concreto y a veces lo concreto; en donde no hay electricidad y la sobremesa se hace a la luz de las velas; en donde el concepto de gallinas felices parece ridículo, porque acá las gallinas viven libres y eso no las hace necesariamente alegres.

El reino oxidado

Los protagonistas esta vez son dos. Mario y María Inés viven en uno de estos callejones que se adentran en la ruralidad más pura. Hay que recorrer un camino sinuoso, demarcado con álamos y zarzamora. Es un lugar habitado por gente huraña, que sólo confían en lo conocido.

Para entrar en este mundo, hay que atravesar un gran portón de maderas viejas y apolilladas que apenas logran sostenerse. Un grupo de vetustos álamos vigilan a quienes entran y salen del lugar, mientras que una gruesa cadena de hierro forjado y un candado son los encargados de evitar a los intrusos.

Una vez el portón se abre este mundo se presenta. Siempre es Mario quien lo abre y lo sigue su tropa de perros. Es un hombre mayor de 73 años, de cabellos y barbas blancas, de ojos claros y piel rosada. Su figura es corpulenta y firme, su caminar está entorpecido por una hernia en la entrepierna, la que lejos de hacerlo parecer inválido de otorga bastante rudeza. Combina sombreros de paño y ala ancha con bomber jacket de rugbista, y lo logra con bastante estilo.

Su padre era profesor y fue director del Liceo N°1 de Curicó. Con él aprendió el oficio de carpintería y también sobre socialismo, ahondó en sus habilidades de carpintero pero en lo político optó por el anarquismo. Aborrece por sobre todas las cosas a los políticos y toda su burocracia.

Sus hermanas dicen que era el regalón de su madre, la señora Peta Devlahovich Zacchini, hija de migrantes europeos que huyeron de la Primera Guerra Mundial y que llegaron a formar familia en Curicó. Juntos tuvieron diez hijos, de entre los cuales Mario es el tercero.

Su padre dejó como herencia un campo de 10 hectáreas y es ahí donde Mario vive junto a María Inés y desde donde se construye este relato.

Inmediatamente luego del portón, crece una vieja y retorcida higuera que custodia una casa de adobe que construyó el papá de Mario, pero que ahora está derruida por los terremotos y el paso del tiempo.

Un camino serpenteante se abre paso entre un pequeño bosque de árboles frutales. Son árboles antiguos, que fueron plantados hace varias décadas y que se han reproducido naturalmente cuando algún cuesco logra brotar y se transforma en árbol. Hay algunas variedades antiguas que fueron desapareciendo porque era difícil comercializarlas; quienes las conocen piensan que guardan el dulzor de una época que se extingue.

Durante el invierno es difícil diferenciarlos porque pierden sus hojas en el otoño. Pero en primavera florecen y luego sus hojas brotan con fuerza, durante el verano entregan frutos de todos los colores y formas. Hay ciruelas verdes, amarillas, rojas y moradas. Guindas de un ácido rojo brillante y traslúcido. Manzanas y peras que crecen pequeñas como una pelota de ping pong. También hay membrillos, nísperos e higos. Y feijoas, una extraña y aromática fruta que muy poca gente conoce.

Entremedio del jardín de frutales están varados una docena de autos antiguos roídos por el tiempo, el sol y las lluvias. Mario los compró baratos a causa de algún desperfecto y su idea es arreglarlos para revenderlos a un mayor precio, pero fueron acumulados y jamás reparados. Poco a poco la naturaleza los hace parte de ella, invadiéndolos con plantas, polvo y colmenas de avispas.

Al final del sinuoso camino, aparece un grupo de sauces añosos que crecen alrededor del canal que atraviesa este campo. Bajo su protección Mario construyó la casa en la que vive con su señora. Es una construcción sencilla pero bastante amplia, se trata de un galpón rectangular con un techo de dos aguas. Hay una única puerta en la mitad de la casa. No hay

ventanas, por lo que la poca luz que entra lo hace por la puerta, pero cuando está cerrada la oscuridad es similar a la de la noche. La vida acá dentro se hace a la luz de la velas.

En el umbral de la puerta está esperando María Inés, una mujer mayor de 70 años, cuyos ojos son expresivos, oscuros y profundos. Sus cabellos son negros y tienen un corte recto que no alcanza a tocar sus clavículas, también posee algunas canas que se dejan ver naturalmente e iluminan levemente sus facciones. Su piel es morena y su figura es discreta, siempre usa alguna falda que cubra sus rodillas y ropa que no se ciña a sus curvas. Sus colores favoritos para vestir son fríos y oscuros como el azul marino y el morado, al igual que la sombra con que pinta sus ojos y dibujan el contorno de sus expresiones.

Es la primera de nueve hermanos criados en el seno de una familia campesina de Casablanca, un caserío cercano al Río Lontué. Ayudó a su madre con la crianza de sus ocho hermanos y en esa época aprendió a cocinar. Estudió en liceo y luego se hizo profesora general básica en la Escuela Normalista y educó a las niñas de 1ro y 2do básico de la Escuela Brasil durante más de 30 años. Sumando los hijos de sus hermanos y de los hermanos de Mario alcanzó la cifra de 37 sobrinos y a cada uno le tejió algún chalequito de lana cuando nacieron y otros cuantos mientras crecían. Ha pasado toda su vida ayudando a criar los hijos de otros, pero nunca pudo engendrar los propios.

Mario, sin embargo, tiene un hijo del que nunca se hizo cargo.

Un campo sin aguas

Las plantas necesitan como insumo básico para su subsistencia básica de la luz del sol, tierra y agua. Sobre los dos primeros aún existe cierta estabilidad, pero sobre el agua existe hoy en día una crisis evidente. La sequía que afecta al territorio ha causado la muerte del ganado, la desaparición de algunas lagunas y la disminución del caudal de los ríos.

La tierra es un bien que posee un valor contable y la propiedad sobre ésta, es uno de los estandartes de la sociedad occidental salvaguardada por reyes, reinas, papas, papisas y

presidentes. En el caso de Chile, los títulos de dominio sobre la tierra yacen en los registros de una institución denominada Conservador de Bienes Raíces

Pero el caso del agua es distinto. Desde el periodismo se abusa del término de una de sus denominaciones, el ‘vital elemento’. Pero es cierto, la humanidad sabe la importancia del agua para la vida y por eso es un bien común que escapa a los regímenes de propiedad de otros elementos constitutivos de ecosistema.

Excepto en un país. Chile. Chile es el único país en el mundo en que el agua es un bien privado susceptible de ser comercializado. Esto está consagrado en el Código de Aguas, aprobado en 1981 durante la dictadura militar, como parte del entramado legislativo de la Constitución de 1980 que instaló los principios neoliberales en el país. Ahí se estipula que el agua es un bien privado y además la separa su propiedad como parte del dominio de la tierra.

En el campo en que viven Mario y María Inés fue comprado, pero sin derechos de agua, por lo que no puede usar el agua del canal que lo cruza. En caso de hacerlo están expuestos al pago de multas y a la hostilidad de sus vecinos que sí poseen los derechos de agua.

La sequía y el embalse Convento Viejo

El mayor conflicto en este campo es la falta de agua. Según cuenta Mario, antiguamente el canal que lo cruza tenía agua todo el año y las vacas podían beber de ahí libremente, los patos salían a nadar y alimentarse, incluso se podían pescar pejerreyes si había suerte.

Sin embargo, desde hace algunos años el canal está seco la mayor parte del año, sobre todo en verano y otoño que es cuando más se necesita el agua. El río Teno es quien alimenta estos canales, pero hace poco más de una década construyeron una represa que desvía parte del caudal y se lleva las aguas hacia el norte para llenar el Embalse de Convento Viejo que reúne agua para regar otros campos.

Los árboles frutales logran sobrevivir porque tienen raíces antiguas que crecieron profundas hasta alcanzar alguna napa de agua subterránea. Pero cultivar hortalizas es

prácticamente imposible porque el campo no tiene derechos de aguas y porque el canal que lo cruza está casi siempre seco.

Pero en este hogar la sequía afecta de manera particular. Cuando el canal está seco, la única fuente de agua es el pozo que está a un par de metros de la casa. Para extraer el agua hay que hacerlo con un balde, lanzarlo dentro de la noria y sacarlo con un cordel al que está amarrado. Pero tampoco tiene una polea u otro método de extracción asique tiene que hacerse manualmente, con la fuerza de los brazos. Puro ñeque como dice Mario.

Y es él quien se encarga de sacar el agua todos los días. Con el balde de cinco litros llena otros baldes más grandes, pero se preocupa de no llenarlos demasiado porque es María Inés quien los transporta hacia las casas. Es un trabajo conjunto, en donde la fuerza vital cumple un rol protagónico.

Esa agua es necesaria para todas las actividades humanas. Para beber. Para cocinar. Para lavar los platos. Para lavarse las manos. Para bañarse. Para tirar la cadena del water, porque sí, hay un retrete pero la caca no se va tirando la cadena, sino que echándole un balde de agua que va a dar al canal. Pero no sólo humanos viven acá. También hay que darle agua a los perros y a los gatos. Para las gallinas, pavos y gansos. Y también para las vacas que bordean los treinta ejemplares.

Para las vacas eso sí Mario se las ingenió con un sistema distinto. Puso en el potrero una tina de baño y le conectó un rudimentario sistema de cañerías de PVC que van desde el pozo a la tina. Entonces con el balde le echa el agua a un embudo y así logra hidratarlas.

Es un estilo de vida adverso, que este par de ancianos logra sobrellevar haciendo malabares y con bastantes dificultades y gracias a que la salud aún los acompaña. Pero todo esto pende de un hilo.

La hora de almuerzo

Es invierno y del horno de María Inés sale un olor exquisito. Ella sabía que ese día iría alguien para conversar sobre entrevistas y preguntarle por sus historias. Por eso decidió cocinar empanadas de pino al horno.

María Inés cocina con la compañía del sonido de la radio, acá es el principal medio de comunicación, porque como no hay electricidad usan una radio a pilas. Además hay una televisión en blanco y negro que funciona conectada a una batería de auto que Mario carga algunos días para ver tele antes de dormir.

Siguiendo con el almuerzo, la dueña de casa picó la cebolla, cortó la carne en pequeños cubitos, coció algunos huevos de sus gallinas, le puso una pasa a cada empanada y fue a comprar aceitunas a un local cercano porque ahí aún las preparan con lejía. Unió los ingredientes de la masa, la amasó y armó las empanaditas. Empanaditas le dice ella porque eran más pequeñas que las empanadas normales, las encuentra mejores porque así uno se come varias.

Además preparó una sopa con la carne picada que no usó en el pino. A ese caldo de carne le agregó pimentón verde, cabellos de ángel y un huevo que se cocinó con el fuego apagado mientras revolvía la olla. Puso a hervir la tetera y mientras ésta silbaba fue a llamar a Mario.

Mientras eso pasaba en la cocina, Mario estaba descargando unas manzanas machucadas que le regaló un vecino para alimentar a la vacas. Las descargaba él solo mientras algunos de sus perros lo acompañaban. Y en eso llega María Inés a buscarlo.

Mario entra y prende una vela que está en la mesa del comedor. Su luz alcanza para ver a penas los adornos de este living-comedor-cocina. El suelo es de tierra, pero sobre ésta hay alfombras persas que aíslan el polvo al mismo tiempo que lo almacenan.

Hay tres refrigeradores, pero ninguno de ellos está enchufado. Sirven como estantes para guardar mercadería. La mesa del comedor es redonda y a un costado de ella hay una gran chimenea de ladrillos de adobe con todos los adminículos necesarios para una hoguera. Las

únicas fuentes de luz son las velas, la hoguera y los quemadores a gas de la cocina, todo el resto es penumbra.

Mientras tanto el pito de la tetera sigue sonando hasta que María Inés apaga las llamas azules. Trae la tetera hasta la mesa y le sirve una taza de mate a su marido. A continuación trae una fuente con un cerro de empanaditas de pino y una jarra con limonada.

Durante el almuerzo imperó el silencio. Fue una oda a los pequeños sonidos. Estuvieron presentes las chispas del fuego de la hoguera, el cantar de los queltehues del potrero de atrás y el incansable caricia de las ramas de un sauce llorón sobre los latones del techo. Al final del almuerzo había siete cescos de aceitunas en cada plato.

Los animales

En este campo convive una singular diversidad de grupos animales. Es una relación caótica pero existe un grado importante de cooperación mutua, más allá de los afectos o la compañía a los que acostumbra las sociedades ciudadinas que adquieren mascotas.

Las vacas son las de mayor cuidado. Actualmente hay treinta y tres, pero vienen dos en camino y siempre es una cifra fluctuante. De los cinco potreros en que está dividido el campo ellas recorren cuatro. Caminan libremente buscando la hierba nueva y los brotes de las ramas de algunos árboles comestibles para ellas.

Son vacas tranquilas que no temen de los humanos y que acuden al llamado de su amo, saben que él les provee de comida cuando la hierba está escasa. Además muchas de ellas fueron criadas y alimentadas con una mamadera cuando quedaron huérfanas siendo aún terneros. Si bien no todas tienen nombre, los terneros huérfanos suelen ser bautizados porque requieren más cuidados y pasan a ser parte del cotidiano humano.

Sin embargo, con el paso del tiempo esos nombres se diluyen y los terneros pasan a ser parte del ganado vacuno y su apodo humano pierde sentido. A cambio de eso tienen obtienen

su lugar en la jerarquía de las vacas, en que la que se deben abrir paso en la supremacía de las vacas viejas y las jugarretas de las vacas jóvenes.

Sus manchas son de todas las formas posibles. Su paleta de colores se encuentra entre el blanco, el café y el negro. Los que se conjugan libremente dándole singularidad a cada una de ellas. Sin embargo, hay patrones que se transmiten de madre a hija y crean singularidades comunes.

Los machos acá tienen una cabida nimia pero fundamental. Sólo hay un toro cuya función es el apareamiento. Sus cachos fueron limados para que no dañe a nadie en sus arranques de ira. Los machos nuevos que nacen en el campo son vendidos para hacer perdurar la paz y suelen irse algún otro campo o al matadero. Esa es una de las fuentes de ingresos que genera este campo y cuya gestión está a cargo de Mario.

Es él quien provee la comida cuando no hay hierba. Les da una mezcla de harinas, paja y frutas. El harina la compra en el Molino Suazo o el Don Quijote que están en Curicó ya que venden a bajo precio algunos subproductos del proceso de la molienda de trigo. La paja se la compra a algún agricultor de alfalfa de los alrededores del campo. Y las manzanas las recolecta durante el invierno, cuando las cosechas ya terminaron y las manzanas machucadas a medio podrir no encuentran lugar en el comercio capitalista. Pero las vacas agradecen la dulzura frutal en la época en que la hierba aún no crece.

Además de las vacas están los perros. La alfa es Pastora, la compañera fiel de Mario que lo acompaña en todas las labores campestres y lo ayuda a arriar las vacas. Las más cercanas a María Inés son la Sara y la Picha, las dos son pequeñas y más caseras. Además están la Mona y la Nechi y la Chinita que son las matriarcas, más jóvenes que todas las anteriores, se ha dedicado a aportar los cachorros a la familia, ambas tienen varios hijos que a su vez se volvieron a reproducir. En total forman una jauría de perros difícil de cuantificar.

La misión que Mario les encomendó fue espantar y mantener a raya a los ratones, pero no eran los indicados y de pronto los ratones se transformaron en una plaga nefasta. Además del peligro de las enfermedades que portan, mermaron duramente al grupo de aves de corral que conviven en el campo.

Mario se refiere a todos ellos como los pollos, pero en realidad además de gallinas hay pavos, gansos y patos. Las gallinas y los pavos viven en un corral donde hay una gran morera y un gallinero de madera en el que Mario dispuso de ponederos individuales en altura en donde las aves anidan. Los patos y los gansos viven en el corral del lado que tiene acceso directo al canal y donde tiene ponederos a ras de suelo.

Cada día junto con la puesta de Sol de fondo, María Inés abre las puertas de ambos corrales. Lo hace a esta hora porque si las suelta todo el día se alejan demasiado y muchos no vuelven. Es en este momento que recoge los huevos, que son tan diversos como los colores de las gallinas, además sus yemas poseen un color amarillo intenso que se pigmenta gracias al pasto y los insectos que comen en estos momentos de libertad. Por su parte, los patos y los gansos se embuyen en el canal y nadan buscando algas y peces. Cuando las aves captan la hora azul, vuelven solas a sus corrales y se distribuyen cada una en su lugar.

El día del cobro

La otra fuente de ingresos la aporta María Inés y corresponde a su pensión. Son \$345.000 que recibe como jubilación después de haber trabajado 37 años como profesora básica.

Para ello, van hasta la capital provincial en la camioneta de Mario. Pero si la camioneta no parte, ya que las panas son un peligro latente en la Luv del '86, la travesía queda a merced de los colectivos interurbanos que conectan Sarmiento y Curicó.

Una vez en Curicó, María Inés se dirige a la caja de compensación los Andes para cobrar su pensión. Camina rauda entre las veredas embaldosadas de la ciudad. Espera pacientemente la fila del cobro mientras sus ojos miran al vacío. Saluda cordial, pero seriamente a la cajera y una vez con los billetes en la mano, se despide sonriéndole con los ojos a la cajera. La siguiente parada es el supermercado.

En el supermercado las compras consisten en alimentos no perecibles que duran ante la falta de electricidad. Harina, arroz y tallarines. Aceite y vinagre. Té, café y azúcar. Leche en

polvo, mantequilla y queso. Confort y servilletas. Detergente, champú y jabón. Y velas, muchas velas.

El pan lo compran en la Panadería Villota, en una de las esquinas de la Alameda curicana. Verduras, frutas y legumbres las compran en una verdulería en Sarmiento cuyos precios pueden llegar a ser un tercio que los del supermercado. En febrero del año 2019, esa verdulería vendía el kilo de tomates a \$200.

La otra misión del viaje a Curicó es a lavar la ropa. Tienen una casa en Santa Fe en la que tienen una lavadora y ahí lavan las camisas, pantalones, faldas, sábanas y demases. Mientras esperan que la máquina remueve polvo y manchas, aprovechan de cargar celulares, linternas, pilas y dinamos.

Además, acá hay un refrigerador que guarda el mayor antojo de Mario, los helados. Mora crema, chirimoya alegre y piña son sus sabores favoritos y en cassata, siempre cassata. Esta pareja septuagenaria se sonríe mientras comen helado, sus pómulos crecen y toman forma con cada cucharada de este gélido postre que en su casa no pueden conservar.

Mario y María Inés van de vez en cuando a Curicó a comprar mercadería, a visitar a sus familiares, cargar el celular y a lavar la ropa. Ellos poseen una casa en la población Santa Fe que sólo usan para lavar pues decidieron que su vida la quieren hacer en el campo. Mario confesó que a él no le gusta la ciudad ni el modo en que la gente se comporta en esos espacios. Para él la vida tiene más sentido en medio de los potreros, con ninguna pandereta visible que corte la vista o la amplitud de los grandes espacios abiertos. Él eligió vivir así y mientras cuenta su decisión, María Inés lo observa y sonríe con toda la profundidad de sus ojos.

Pero son conscientes que necesitan de la sociedad y sus tecnologías, sobre todo ahora que están viejos y llegan las enfermedades y los achaques. Y esas son las únicas quejas que se escuchan en esta casa. Nunca la falta de luz o agua potable. Bueno, quejas por los achaques e ir a alimentar a las vacas.

El coro del ocaso

Junto con la caída del Sol se levantan las voces de los habitantes del campo chileno. Los arboles del atardecer inspiran a las criaturas aladas a desplegar sus alas y sus cantos. Todas las aves silvestres se toman un tiempo para cantar y despedir al Sol.

Se da inicio al coro del ocaso. Los protagonistas son los zorzales, los chercanes y los queltehues. Los secundan con los graves las tórtolas y las palomas silvestres. Y los colibríes aportan el sonido del triángulo musical.

Al mismo tiempo, María Inés libera a las aves de corral. Apenas se abre la puerta, las gallinas cautivas corren juntas extendiendo sus alas y agitándolas para despegar del encierro. Se movilizan para unirse al coro del ocaso y aportar sus desafinadas notas. El glugluteo de los pavos aporta los silencios que duran un instante antes de que esta orquesta rural retoma su música.

El clímax de esta sinfonía campestre ocurre cuando se una el silbido ensordecedor de la tetera cuando hierve. Es la señal para que Mario entre al comedor, pues María Inés los espera con la once lista. Marraquetas y pan amasado. Huevos de campo revueltos, palta y tomate. Mermelada, miel y leche condensada. Longaniza frita y chicharrones.

El último movimiento musical del coro del ocaso es el sonido de las cucharas contra la taza. La sinfonía se disuelve al mientras el azúcar hace lo mismo en el té recién hecho.

El cementerio de las vacas

El gran problema que la sequía trajo a este campo es la muerte del ganado. Durante el verano, como el campo no tiene derechos de agua, no se puede regar y el pasto se seca, y las vacas no se alimentan lo suficiente. Además, el canal se seca y no tienen de donde beber agua.

Tanta ha sido la muerte del ganado, que Mario dispuso una esquina del campo como cementerio de vacas. Cuando una de ellas muere, las arrastra hasta ese lugar y deja que la naturaleza actúe.

Hay animales muertos en todas las etapas de descomposición. Desde la vaca que Mario acaba de traer y yace aún íntegra, pero que cuyos ojos opacos y llenos de polvo delatan que la muerte hizo lo suyo.

Pero hay mucho otros cuerpos que fueron corrompidos por la descomposición de la carne. Aparecen de entre sus vientres las vísceras inflamadas y desparramadas por la tierra, mientras que sus ojos han sido cercenados y sus costillas aparecen expuestas.

Un ensordecedor enjambre de moscas sobrevuelan de un cadáver a otro, poniendo sus huevos de los cuales nacen larvas que se retuercen entre las carnes fétidas de los animales muertos. Algunos perros celebran un festín macabro que chorrea sangre y purulencias. Los buitres han atacado su parte favorita de la carroña y dejaron ciegos a estos animales muertos.

Un cementerio maldito cuyo olor nauseabundo trae consigo vómitos humanos que a su vez sacan lágrimas. Sólo queda huir de este desolador paraje, en donde no descansan en paz, sino que en guerra, los que alguna vez fueron terneros amamantados por la mano cariñosa de María Inés.

EL GUARDIÁN DEL BOSQUE DE CEREZOS

El lugar donde se cruzan los ríos

Pese a todas las mutilaciones el río Teno continúa en su avanzada hacia el océano. Más al sur, el Lontué hace lo mismo. Ambos continúan su incesante camino hacia el Pacífico, viendo como cada tanto les roban parte de sus aguas, muchas de ellas no vuelven nunca, pero las que vuelven lo hacen cargadas de químicos, pesticidas y herbicidas.

De pronto, en el horizonte aparece la Cordillera de la Costa que se levanta y constituye el mayor obstáculo natural para los ríos en su cruzada hacia mar. Para atravesar este accidente del relieve, el Teno y el Lontué funden sus aguas en uno solo río. Nace aquí el Mataquito que reúne la fuerza de todas las aguas del valle.

Esto ocurre en la comuna de Sagrada Familia, en un sector que fue nombrado muy elocuentemente como Entrerríos. Es un lugar desde el cual se puede observar la amplitud del valle, la boca del embudo desde donde se aprecian ambos ríos y en el fondo la Cordillera de los Andes como gran madre de los flujos de agua.

En este sector nació el siguiente protagonista de la historia. Se trata de un hombre de mediana edad. Un trabajador agrícola que nació en el alero de una familia campesina humilde, de esa humildad de acuerdo con los griegos significa venir de la tierra, estar en contacto con ella, entenderla y trabajarla.

Que de niño se iba a la escuela rural caminando descalzo. Con cada paso que daba hacia la educación pública sentía en la planta de sus pies el rigor de la tierra, su dureza seca en verano y su frío húmedo en invierno. Cuando cumplió diez años y le regalaron una ojotas de cuero usadas y que esas fueron su primera prenda de calzado.

Cuenta que dejó la escuela cuando supo que no le serviría de nada y que se dio cuenta de eso cuando estaba en séptimo básico. Y que en ese mismo momento se puso a trabajar en el campo ayudando a su papá. Desde entonces y hasta ahora se dedicó a trabajar la tierra.

Su nombre es Gustavo Veas. Nació en el año 1964, en una época en que los ríos aún circulaban libres, cuando el agua era un bien público y cuando el derecho de propiedad se vivía distinto que en estos tiempos.

Él se autodenomina como un hombre de campo, su piel enrojecida por el abrasador sol lo demuestra. Sus ojos son color café, pero pareciera que se han teñido poco a poco de verde por estar tanto entre los árboles. Sin embargo, están enrojecidos por algunos derrames a causa de manipular tantos químicos. Su nariz está levemente arqueada y debajo ella se mantiene un bigote esculpido por él mismo. Sus manos están endurecidas por el trabajo con palas, azadones, chuzos y sus uñas siempre guardan algún trocito de la tierra que rasguñaron. Su cuerpo es corpulento y sus brazos son fuertes. Sus piernas están un tanto arqueadas y caminan con choreza, pachorra y hombría.

El huerto de los cerezos

Gustavo sigue viviendo en Sagrada Familia pero ya no en Entreríos, se mudó en busca de trabajo y así llegó a trabajar como inquilino en un campo en Santa Rosa, a los pies del cerro Pulmodón. Allí hace uso de una casa de madera para que viva mientras cuida el campo.

Su principal labor es regar la tierra, para lo cual sus principales herramientas son la pala y las botas de goma. Además poda los árboles y vigila el crecimiento de éstos y sus ramas. También supervisa las cuadrillas de temporeros contratados para el raleo y la cosecha.

Su casa está hecha de madera, techo de pizarreños y suelo de cemento. Está pintada color verde inglés y aunque no es muy grande ni lujosa, tiene para él una pieza, un living, un baño y un comedor-cocina.

En el living cuelgan de las paredes algunas imágenes que para Gustavo son importantes. Quien más acapara retratos es su nieto Cristopher, hay fotografías de su primer día en el

jardín, de cuando era guagua y varias vestido de huaso con la tenida que Gustavo le compró para las celebraciones importantes. También aparece su única hija Miriam, a quien le dedica gran parte del trabajo y el esfuerzo que hace todos los días.

También hay algunas fotos de sus ídolos Felipe Camiroaga y María José Quintanilla. Camiroaga representa el anhelo de una vida según él perfecta, soltero pero nunca solo, sencillo, con fama y dinero. María José Quintanilla es la vida que le gustaría para su hija, vestida de mariachi cantando rancheras, sonriente y buena moza.

A un costado de la casa hay un terraza con vista al canal, amparada bajo la sombra de un parrón, en donde Gustavo almuerza cuando su hija lo visita, donde también recibe a sus amigos y donde se celebran los ‘términos de labores’, que son festejos donde participan todos los temporeros que desempeñaron algún trabajo en el huerto y el patrón celebra con un asado y bebidas para todos y todas.

La casa está en una de las esquinas del campo, tiene vista directo a un huerto de cerezos de tres hectáreas. A algunos metros de la casa de Gustavo, está la casa del patrón del campo. Gustavo trabaja con él hace veinte años, y su relación se ha hecho estrecha con los años. Forman parte del cotidiano del otro y se han ayudado en momentos complejos. Ambos se separaron de sus familias y son hombres solos. Reflexionan juntos sobre la vida en el campo, los personajes que los rodean, sus familias, la soledad y el paso de los años.

A pesar de eso el patrón es estricto, y eso se nota al mirar los árboles que están dispuestos en hileras perfectamente rectas que van oriente a poniente. Los troncos de los árboles crecen derechos y vigorosos. Parecen un escuadrón estricto y alineado. Son un escuadrón de cerezos cuya misión es generar la mejor producción posible.

Los cerezos durante la primavera y el verano tienen sus hojas de un color verde intenso que se oscurece conforme el verano avanza. Pero en otoño los cerezos pierden sus hojas y enfrentan el frío invernal completamente desnudos. En primavera, mientras aún hay sólo ramas, brotan las flores en una explosión alba que perfuma todo el campo. Los primeros días del verano los frutos están listos y adornan a los árboles con un color rojo carmesí intenso y brillante. Cada estación está perfectamente definida por un momento del ciclo de los cerezos.

Gustavo trabaja en este campo hace seis años. Desde que se inició este huerto, por lo que conoce estos árboles desde que eran niños. Uno de esos primeros días, mientras arreglaba un zurco de regadío, notó que las hojas de los cerezos estaban enroscadas y secas en las puntas a causa del Sol, sintió que de seguir así los árboles morirían pues sus hojas aún eran muy débiles.

Y tenía razón. Las primeras hojas que los cerezos dan en su vida no lograban aguantar los rayos ultravioleta que chocaban contra ellos desde que la capa de ozono en la Tierra se debilitó. El patrón consciente de eso, averiguó que actualmente se utiliza un protector solar para árboles. Como el que usamos los humanos, pero para árboles. Que se aplica con un pulverizador un par de veces durante la temporada.

Así de aterrador. Algunas plantas en su etapa inicial no logran sobrevivir a los rayos del sol sin la protección de la capa de ozono. Por suerte para los cerezos, hay humanos que se preocupan de ellos por su alto valor comercial. Pero ¿qué ocurre con aquellas especies vegetales que no poseen valor comercial, pero que sin duda cumplen una función en el ecosistema?

Además de este producto químico, en los cultivos de cerezos se emplean otros insumos agroindustriales, químicos creados en laboratorios del primer mundo como Monsanto o Bayer Cropscience. La función de esto es generar una producción de estándares altísimos para ser comerciados internacionalmente. Se aspira a un mayor tamaño, mayor dulzura y color más intenso.

Pero los huertos de cerezos son cultivos a largo plazo. Los árboles de cerezos industriales necesitan al menos seis años para generar frutos para la venta comercial y tienen una vida productiva de unos cuarenta años. Esto significa que durante todo ese tiempo la tierra y las aguas son bombardeadas de químicos nocivos para todo el ecosistema.

Son un grupo de árboles que no logra ser un bosque, no por el número, sino porque son un monocultivo. Esto quiere decir, que acá sólo hay plantados cerezos. En un bosque natural, habitan muchas especies distintas que cooperan entre ellas y forman un ecosistema. Y acá de lo que se trata es producir un fruto que será exportado y vendido a un alto precio.

La hija y el nieto

Gustavo vive solo hace veinte años, desde que se separó de su esposa y se fue a vivir al campo a trabajar con su patrón. Con él ha vivido en dos campos distintos, ambos en la comuna de Sagrada Familia.

Hubo un tiempo que se fue a probar suerte al norte. Dice que allá era mucho mejor el sueldo, que la plata está debajo de las piedras si uno trabaja mucho, pero que no vale tanto la pena, que extrañaba su tierra y su gente.

Su gente son básicamente dos personas. La hija y el nieto como se refiere él a ellos. Su única hija se llama Miriam y quien recién cumplió 27 años. Estudió en el liceo de Lontué, fue la mejor de su generación, salió con promedio 6,8 de la enseñanza media y era la esperanza de esta familia para salir de la pobreza.

Sin embargo la Prueba de Selección Universitaria fue categórica, ponderó menos de 500 puntos y con eso su sueño de ir a la universidad fue destruido. Decidió trabajar, preparar la PSU otra vez y rendirla sin los nervios de la primera vez. El resultado fue igual de catastrófico.

Diez años después, el diagnóstico que ella misma hace se resume en que la educación en un liceo rural no es suficiente para que, ni siquiera siendo la mejor alumna, logre entrar a una universidad tradicional.

Finalmente, Miriam estudió para convertirse en técnico agrícola, se especializó en selección y control de calidad de frutas para exportación. En esa época se embarazó.

Ellos viven en Lontué, en una pequeña casa que construyeron en el patio trasero de la propiedad de la mamá de Miriam. Viven ahí junto al papá de Christopher mientras esperan recibir una casa subsidiada por el Estado.

Suelen visitar a Gustavo los fines de semana, quien los espera con carne asada a la parrilla y ensaladas. En la parrilla prepara carne de vacuno, chancho, pollo, pavo, longanizas y

salchichas. Lo acompaña con ensalada de papas, repollo y lechugas si es invierno; tomate y choclos cocidos si es verano. Pero siempre asado de todas las carnes. Vino y cerveza.

Lo prepara bajo el parrón que está a un costado de su casa, desde donde se ve el canal que pasa por la propiedad. Christopher siempre tiene ganas de nadar en él, pero Gustavo se lo prohíbe tajantemente, pues es consciente que el canal está contaminado por los agro insumos utilizados en todos los campos.

Gustavo lamenta que su nieto no pueda bañarse en los canal como lo hacía él cuando era niño. Es consciente del mal que producen los químicos que él mismo aplica, lo ha vivido en carne propia. La mancha que tiene en su ojo y que nubla su visión es un signo de eso.

Cerezas para la China

Gustavo está trabajando en este campo hace seis años. Antes trabaja también en Sagrada Familia, pero en el sector del Cruce Los Canales. Ahí trabajó en cultivos anuales, llamados así porque son plantas que viven sólo un año, dan sus frutos y luego son arrancadas para renovar la plantación cada año. En esa época trabajó cultivos de semillero maíz, jardines de tomates, semillero de sandías y otras hortalizas.

Gustavo tiene acá su casa, pero en realidad no es suya. Su estatuto laboral es particular, trabaja como inquilino en este campo, una antigua práctica que evoca formas productivas de la era feudal. El inquilinaje consiste en que el patrón, o el dueño de la tierra, le entrega una casa dentro del campo a uno de sus empleados para que viva ahí y desde ese lugar desarrolle las labores que se le asignan.

Gustavo es el único inquilino en este campo, y más que un inquilino, es un trabajador de confianza, que conoce a la perfección todos los movimientos y maniobras fundamentales para que los cerezos logren dar sus frutos con una calidad óptima.

En la época de las cosechas él se encarga de liderar las cuadrillas de los temporeros. De encontrar gente adecuada que sepa cómo extraer las cerezas sin dañar al árbol ni al fruto. Los estándares de calidad y calibre exigidos por los packings son estrictos. El trabajo en un

packing consiste en seleccionar y envasar las frutas que serán enviadas al extranjero para venderlas a un mayor precio.

Según la publicación anual de la Asociación de Exportadores de Fruta en Chile, en la temporada 2018-2019 las ganancias obtenidas por la exportación de cerezas alcanzó los mil millones de dólares. Esto las posiciona como la segunda fruta más exportada por Chile, siendo superada únicamente por las uvas. El mayor comprador de cerezas chilenas es China. La cosecha de los árboles coincide con el año nuevo chino y las cerezas se transformaron en un producto muy cotizado en esa época.

La cultura china asocia las cerezas al lujo y a la prosperidad. Son una fruta que necesita condiciones climáticas muy específicas y tiene un corto periodo de cosecha. Además su producción puede verse afectada por factores climáticos en los que el humano tiene poca injerencia. Basta una helada en el proceso de floración o una lluvia durante la maduración para estropear una producción completa.

Por motivos como esos, la pujante clase media china considera como un símbolo de estatus regalar cerezas a sus familiares y amigos para celebrar el año nuevo. Eso llevó a que una caja de cinco kilos de cereza alcance el precio de 50 dólares. Por ello, las cerezas son envasadas y enviadas en barcos que atraviesan el Océano Pacífico hasta llegar a Hong Kong, el puerto principal de la República Popular China.

Dado el alto incremento de la demanda por este producto, muchos empresarios chinos decidieron invertir en Chile y dedicarse al cultivo de cerezos para enviarlos a su país. Uno de ellos compró el campo vecino al de Gustavo y montó su negocio ahí.

Desde entonces Gustavo habla de los chinos de al lado. Del supuesto señor Cheng, un hombre mayor que sigue viviendo en China, pero que envió a su sobrino a hacerse cargo del campo que tiene al otro lado del mundo.

La guerra por el agua

Las cerezas contienen un 85% de agua en su interior, por eso mismo, para que un campo logre una producción comerciable necesita tener resuelto el tema suministro de aguas. Para suerte de Gustavo, el campo que cuida es el segundo en prioridad del canal que riega este campo y cinco más. El con mayor prioridad es el campo de los chinos.

En la práctica, existen campos con derechos agua y sin derechos de agua. Mientras que algunos pueden regar sus cultivos con el agua que fluye por los canales, hay otros que no pueden usar esa agua y están condenados a la sequía. Pero incluso dentro de los que tienen derechos de agua hay algunos que tienen mayor jerarquía que otros.

Las aguas del campo donde trabaja Gustavo dependen de río Lontué y del caudal que este tenga. Pero este año la situación es crítica, la sequía que afecta a la zona central produjo que el río tenga menos de la mitad que el año anterior.

La Junta de Vigilancia del Río Lontué denunció la sequía que sufre el río en una nota publicada el 6 de septiembre de 2019 en el diario electrónico regional Vivimos la Noticia. Ahí, el presidente de dicha entidad, Miguel Dosal sostiene que el Río Lontué cuenta con apenas un tercio del caudal que debería tener en esa fecha.

La guerra por el agua ya comenzó. Si bien aún no han llegado los tanques ni los aviones de combate, los enfrentamientos están ocurriendo. Todavía no aparecen las armas de fuego, son palas y azadones las armas de combate. En esta guerra aún no hay soldados, son los regadores los cuerpos combatientes.

Gustavo relata que ya ha tenido encontrones con otros regadores del sector. El conflicto principal es el agua y el suministro que le toca a cada campo. Con uno de ellos se enfrentó verbalmente y se amenazaron con que iban a regar aunque tuvieran que usar el cuerpo sin vida de su rival como tranca en los surcos de agua que separan las aguas para cada campo.

Pescar en aguas dulces

Entre medio de tanta hostilidad, Gustavo se refugia en su pasatiempo favorito, salir a pescar al río que aprendió desde que era un niño. Con un anzuelo atado un hilo enrollado en un tarro sacaba pejerreyes y truchas. Además de ser una entretención era una forma de subsistencia, de conseguir alimentos sanos y a un bajo costo.

Desde que descubrió las bondades de los ríos, Gustavo se dedicó a recorrerlo de principio a fin. Su favorito y el que más conoce es el Lontué, el mismo que hoy riega los frutales que él cuida. Lo camina desde que era pequeño y lo sigue haciendo ahora. Tiene un grupo de pesca con el que salen sagradamente en busca de los frutos del río. Como los fanáticos del fútbol se reúnen para jugar una pichanga, este grupo sale a pescar.

Sólo escuchar la historia de cómo alguien logró sacar una trucha o un salmón, hace vibrar de emoción y risa a quien lo escucha. La exageración es parte fundamental del relato. La veracidad de los hechos pasa a segundo plano, el pacto de confianza está firmado por todos y por nadie, lo importante es que la historia sea buena y esté bien contada.

Sin embargo, la felicidad que le generaba esta actividad está nublada por los daños que ha sufrido el río, tanto en su caudal como en rivera. Gustavo acusa distintos motivos que han socavado la vida natural del río y de sus alrededores.

Detesta por sobre todas las cosas a otros pescadores de río, inescrupulosos, que usan redes de pesca pese a todas las prohibiciones al respecto. Es ilegal usar redes en el río por la depredación extrema que esto conlleva. Además, hay otros que no respetan las vedas, los periodos de desove de los peces del río en los que están más vulnerables y tanto las tradiciones populares como la ley protegen por el bien de la renovación natural de los ciclos.

Además, ha observado la destrucción de la rivera de los ríos a causa de la intervención humana. El problema según él, radica en que los trabajos de encauce del río, que se preocupan de controlar la fuerza de las aguas para que no se desborden, han barrido a fuerza de retroexcavadoras y brazos mecánicos la orilla de los ríos y la vida que ahí se albergaba.

Tras cincuenta años pescando, ha sido testigo de la depredación del río, de la pérdida general de su caudal, de la contaminación y de la extinción de una parte importante de los seres que lo habitaban. Hecha de menos a pejerreyes, truchas y pancoras. También a la flora que crecía en las orillas del río y que fue reemplazada por el trabajo de maquinarias que modifican su curso y separa sus agua hacia los campos de la industria agrícola.

También extraña encontrarse con los animales que habitaban la orilla del río. Cada vez es más difícil encontrar garzas, coipos o zorros. Las máquinas acabaron con la vida exterior del río. Es la pesadilla cyberpunk más aterradora que un río podría vivir. Y lo más dramático es que es una pesadilla que los ríos viven despiertos cada día.

La sala de espera

En uno de los tantos días de trabajo en el campo, Gustavo dio un paso en falso mientras subía por una escalera de metal y se golpeó la pierna. Se golpeó tan fuerte que el dolor llegó como un rayo que lo atravesó desde su canilla derecha hasta las muelas en un segundo.

En esos días estaba solo en el campo, el patrón andaba en la capital visitando a su mamá y le encargó a Gustavo que no saliera del huerto para cuidar la casa de los ladrones. Gustavo no le contó sobre su accidente y se aguantó el dolor con la ayuda de fármacos, panadol y ketoprofeno.

Pero a los tres días ni el dolor ni la inflación cesaron por lo que decidió ir hasta la posta. La posta más cercana es la de Lontué, una localidad ubicada en el costado sur del río Lontué y al oriente de la carretera. Este pueblo ha crecido en los últimos años y su gente está tramitando independizarse de la comuna de Molina y constituirse como comuna autónoma.

Para ello, se construyó una plaza que será la futura plaza de armas, una manzana completa que por el momento tiene un monolito, algunas bancas y un puñado de árboles nuevos que poco a poco crecen al igual que Lontué.

A un costado de la plaza está la posta de Lontué, un edificio pequeño de un piso, pintado de gris piedra. Gustavo atravesó cojeando el camino de ripio que une la reja de entrada con la sala de espera.

Una vez adentro, cruzó miradas con todos quienes ya estaban ahí, saludó a sus conocidos y se sentó en una de las filas de sillas dispuestas en el lugar. Había cuatro de ellas con cinco sillas cada una, capacidad para veinte personas sentadas y otras diez de pie.

Para ser atendido había que sacar un número y esperar hasta que lo llamaran. Gustavo sacó su número a las cuatro de la tarde, antes que él había trece personas, y un solo doctor para atender a todos.

Pasaron un par de horas y cayó el crepúsculo. Mientras tanto la gente conversaba sobre sus dolencias y enfermedades. Sobre sus familias, sobre los finados y sobre la falta de lluvia. Entremedio la televisión que no para transmitir la programación del Mega.

De pronto ya es de noche. El frío se apodera de la sala de espera, es invierno y su crudeza no perdona. Gustavo decide ir a tomarse un té al kiosko de la esquina. Ahí conversó con el kiosquero sobre una ida a pescar, cada uno pescó una trucha más grande que el otro. Aunque no es una competencia sobre el pescado más grande, sino sobre el que cuenta mejor su historia.

Después de recobrar el calor, Gustavo vuelve a la sala de espera y se paraliza en la entrada. Se dio cuenta que su número se había pasado y sabe perfectamente lo que eso significa. Se acerca a la puerta en que la enfermera llama a cada paciente, y le pide que por favor lo atiendan. Es inútil, le dicen que no hay nada que pueda hacer, que así son las normas, que mejor vuelva mañana.

Al día siguiente Gustavo no vuelve. Siente que el sistema público le cierra la puerta una vez más, reprime la rabia en su interior y sigue con su trabajo. Se automedica con más fármacos. Vuelve a caminar con sus piernas arqueadas, su pecho en alto y sus ojos nublados y rojos.

EL PESCADOR Y EL TRONCO FANTASMA

La desembocadura del río

Se avecina el final del río y también de este relato. Se acerca el momento en que se fundirán sus aguas dulces y que prevalecerá la salinidad del mar. Justo antes de este momento, las aguas del Mataquito se tornan calmas y profundas. Su caudal es un gran remanso antes del frenesí que se origina en la desembocadura.

El camino que lo acompaña también se hace distinto. Los cerros de la Cordillera de la Costa quedan atrás y aparece el mar de pronto. Se genera un momento de expansión en el corazón humano al ver esto, al volver a sentir la brisa marina después de tanto tiempo y ante el anhelo de volver a pisar el mar.

Una arboleda de eucaliptus adultos son el último umbral antes del final del recorrido. Si se tiene suerte y se llega junto con la puesta de Sol, la hora dorada se manifiesta en cada hoja filosa de estos árboles y en el contorno de cada hierba que crece bajo éstos. Incluso el filo de los alambres de púas brillan y transmutan, aunque sea un instante, el óxido en oro.

Esta es la entrada la localidad costera de Iloca, un gran camino que va de sur a norte, que reúne distintas comunidades en una simbiosis de mar y campo. Aún pueden ser vistos yuntas de bueyes que sacan botes de madera del mar, pescadores artesanales que tejen sus propias redes y agricultores cuyos cultivos son regados con la brisa del mar.

El primero de estos poblados que se ubica justo en la desembocadura del Mataquito y fue llamado La Pesca. Su nombre proviene de la actividad más antigua que sus habitantes desempeñan. Y es que del abrazo de aguas dulces y saladas entre Río Mataquito y el Océano Pacífico surge una vigorosa vida costera.

El caserío de La Pesca se levanta a orillas del camino costero que une Curicó y la costa. Las casas son modestas, construidas con lo que el mar trajo y con materiales que la planta de celulosa provee.

En una de estas casas, vive Luis Oyarce junto a su familia. Como es común acá, él trabaja el mar y la tierra, es pescador artesanal y también cuidador de casas. Está a cargo de la vigilancia de un condominio de cabañas y también de cuidar el jardín.

Su casa colinda al este con la carretera y al oeste con el mar. Vive una especie de limbo entre el Estado chileno y las olas del Océano Pacífico. En un terreno arenoso y escarpado que cada cierto tiempo es arrasado por las olas.

La destrucción de la gran ola

El 27 de febrero de 2010 este litoral fue remecido por el terremoto que afectó la zona. Por suerte no hubo muertes pues todos sabían que subir de inmediato a los cerros era cuestión de vida o muerte.

Los habitantes de La Pesca, Iloca y sus alrededores corrieron a los cerros luego de que los carabineros rompieron la cadena de mando y gritaron por megáfonos la evacuación hacia los cerros.

En la mitad de la noche Luis y su familia subieron al cerro que está frente a su casa. Desde lo alto escucharon el rugido del mar que se adentró en el continente. La luz de la luna llena les dio una aproximación del nivel que alcanzó el tsunami, pero sólo con la luz del sol tuvieron una real visión de la magnitud del desastre natural.

El mar arrasó con todas las casas que estaban al oeste de la carretera, entre ellas la casa de Luis. El mar llegó hasta el jardín del condominio por lo que no alcanzó las cabañas, sin embargo éstas fueron destruidas por el movimiento de la tierra y sus posteriores remezones.

A causa de esto, Luis vio por primera vez la visita de la prensa y los canales de televisión en sus tierras. Así se hizo conocido el “Zafrada”, aquel niño colorín cuya escuela fue devastada por el tsunami y que ante el nerviosismo de estar expuesto a los canales de televisión, se le enredó la lengua al querer decir que lo que más le faltaba a su gente eran frazadas.

Poco después vino la reconstrucción, se rehízo la escuela y se inauguró la caleta artesanal de pescadores “Felipe Cubillos”, quien fue parte de la tripulación que murió en un viaje aéreo hacia la archipiélago de Juan Fernández donde también murió Felipe Camiroaga.

Hubo subsidios para los pescadores y la cosa parecía mejorar. Luis reconstruyó su casa y le apasionó el oficio de la construcción. Se dedicó a reparar las casas destruidas del condominio que cuida y también otras casas cercanas.

Trabajar el mar

Es invierno y es temporada baja. Los días son tan grises como las oscuras arenas que cubren la playa. Cuando no hay nubes, la vaguada costera se encarga de aportar el gris en el cielo, que a su vez se refleja en mar redondeando la paleta de grises en una monocromía color sombra.

El aire se respira espeso, empapado por la humedad de la vaguada costera que se adentra en el continente desde el Pacífico y choca contra los cerros de la Cordillera de la Costa regando las plantas del litoral y permitiendo el cultivo de hortalizas sin canales de regadío.

La vida verde que genera este aire empapado de mar constituye el mejor descanso para la monotonía del gris costero, que sale incluso desde el interior de las casas en forma de humo. Eso sí, el verdor sólo crece donde hay tierra fértil que se desliza desde los cerros hacia la costa hasta encontrar la muerte de la arena y el agua salada.

De pronto, en ese límite inconstante de la arena y las olas, se yergue un gran tronco de unos dos metros de alto y cuyo grosor precisa del abrazo de dos niños para circundarlo. Parece un gran árbol muerto que creció entre las olas donde ni las docas logran sobrevivir.

Pero ese árbol no creció solo. Fue Luis quien lo plantó en la arena y no con el fin de tener sombra en su patio trasero, sino para amarrar sus redes de pesca. El tipo de pesca artesanal que Luis practica no se trata de adentrarse en el mar en bote y atrapar los cardúmenes desde altamar, sino que lo hace desde la costa.

Para eso está el viejo tronco en la playa atrás de su casa, en él amarra la red que él mismo tejió y que será la encargada de atrapar de los peces. De ese modo, una roída cuerda enlazada a un viejo tronco entra en el mar causando incertidumbre en los ojos de quienes no conocen su propósito.

Se técnica es más rudimentaria que la pesca en bote, por lo que se necesita de un mayor esfuerzo para realizarla. Antiguamente, cuando Luis estaba joven, sacaba la red fuerza de sus brazos y la de los otros pescadores que se ayudaban entre todos. Con el paso del tiempo y la edad, los pescadores consiguieron una yunta de bueyes para sacar las redes. Hoy en día, Luís saca su pesca con su camioneta y sus más de cien caballos de fuerza.

El auge de la economía logró que Luis obtuviera una camioneta, pero él lamenta la pérdida del trabajo cooperativo de antaño. La forma que adoptó el progreso en Chile trajo tecnologías y otros bienes materiales, pero debilitó los vínculos comunitarios que fueron tradición hasta hace un par de décadas atrás.

Actualmente Luis saca del mar merluzas, reinetas y robalos principalmente. Estos se los vende a sus conocidos y a los patrones de las casas que cuida. Además, sus hijas cocinan los pescados y formaron un restaurant al paso de la carretera para los vacacionistas que por ahí transitan.

De esa forma generan ganancias en un litoral que tiene vida en las épocas estivales y que el resto del año se asemeja a un pueblo fantasma. Sin embargo, desde hace un par de años Luis observa una feroz disminución en los pescados que saca de sus redes.

Según su opinión, el problema radica en que la población de peces no logra crecer dado que las especies marinas son cada vez más pequeñas. La culpa de esto sobrecae en un principal responsable.

El 9 de febrero del 2013, casi tres años después del terremoto y tsunami que lo afectó, se publicó en el Diario Oficial la actual Ley de Pesca, azotando nuevamente la vida de los pescadores artesanales.

La Ley de Pesca

El estado actual de las poblaciones de peces y la biodiversidad marina pende de un hilo. La Subsecretaría de Pesca y Acuicultura (Subpesca) publicó la *Cuenta Pública del Estado de Recursos* que detalla el estado de las principales pesquerías chilenas.

Sobre las 25 pesquerías estudiadas, los datos arrojados son categóricos. Nueve de ellas están agotadas, seis en estado de sobreexplotación, siete en plena explotación y una en subexplotación. Hubo también dos pesquerías cuyo estado no se pudo determinar.

Esto indica el dramático momento que vive la biodiversidad marítima en Chile. Lo que conlleva un escenario hostil para los pescadores artesanales dadas las características de la ley que regula la pesca en este país.

El nueve de febrero del 2013 se publicó en el Diario Oficial la actual Ley de Pesca, conocida más popularmente como “Ley Longueira”. El sobrenombre nace del entonces ministro de economía Pablo Longueira, quien fue el encargado de tramitar dicha ley. Y resulta que las condiciones en que se gestó fueron bajo el manto de la corrupción, el lobby empresarial y el cohecho.

El 3 de septiembre del 2018, una nota del portal web de Radio Uchile consigna que el ex gerente general de Corpesca, Francisco Mujica reconoció en una audiencia abreviada ante el 4to Juzgado de Garantía de Santiago los cargos que se le atribuyen, vinculados a pagos ilegales en beneficio de Jaime Orpis y Marta Isasi, quienes participaron en la tramitación y aprobación de la Ley de Pesca.

Dos años antes, el 22 de junio del 2016, el 8vo Juzgado de Garantía de Santiago decretó medidas cautelares en contra de Pablo Longueira, que quedó con arresto domiciliario nocturno y arraigo nacional durante la investigación de los casos de corrupción de Penta, Soquimich y Corpesca.

En la misma época, el entonces Subsecretario de Pesca Raúl Súnico Galdames, renunció a su cargo luego de que un reportaje de Ciper Chile reveló los correos electrónicos entre el ex subsecretario y el ex presidente de la Asociación de Industriales Pesqueros del Bío Bío

(Asipes) Luis Felipe Mondaca. En esos correos electrónicos, Súnico aseguró que no se eliminaría la pesca de arrastre, práctica pesquera que sigue vigente hasta el día de hoy.

La pesca por arrastre es un método de extracción que no discrimina a quienes entran en sus redes. A causa de ello, en el 2014 fueron vertidos al mar los cuerpos muertos de toneladas de merluzas en época de gestación, es decir, mientras se preparaban para el nacimiento de las nuevas generaciones de peces indispensable para un ciclo sustentable.

El 10 de septiembre del 2014, el sitio online de Radio Bío Bío denunció este hecho explicando que “la merluza nada junto al langostino, por lo que al capturar este último mediante pesca de arrastre, también la merluza es atrapada. Sin embargo, como esta se encuentra protegida no es posible comercializarla, por lo que los pescadores se ven obligados a botar los cuerpos muertos de los peces al mar”, publicó el medio.

Ese hecho demuestra que tanto la legislación como las prácticas en materia pesquera no toman en cuenta a los ecosistemas y persiguen fines puramente económicos. La Ley de Pesca representa un profundo impacto en el medio ambiente y en lo relativo a la sustentabilidad de los recursos chilenos.

“Esta ley es un reflejo de la brutal concentración económica que afecta a Chile. Es la cara más fea del capitalismo aberrante, pues la lógica que está detrás de la Ley de Pesca es que hay una captura de grupos económicos específicos en Chile sobre el recurso natural de la pesca. Mientras que el Estado no tiene la posibilidad de licitar, entregar o concesionar cuotas de manera periódica. Y lo peor de todo es que fue aprobada de manera fraudulenta”, afirma la ex ministra del Sernam y experta en materia de regulación pesquera, Laura Albornoz.

Pero esta lógica de abuso sobre el medio ambiente desplegado en virtud de la concentración económica no afecta solamente a la biodiversidad marítima, sino que también a otros ecosistemas.

El desastre de la celulosa Licancel

La planta de celulosa Licancel se encuentra en la ribera norte del Río Mataquito, en la ruta que une Curicó y la costa, a unos tres kilómetros de Licantén. Es parte de la empresa Celulosa Arauco y Constitución (CELCO) cuyos dueños son el grupo económico Angelini.

La Licancel fue adquirida por los Angelini durante la dictadura, cuando se privatizó Celulosa Arauco S.A y Celulosa Constitución S.A. en 1977 y 1979, respectivamente. Ambas empresas eran públicas y estatales cuya administración estaba a cargo de la Corporación de Fomento (CORFO).

Desde entonces, la Licancel se encarga de procesar y convertir en celulosa los cultivos agroforestales que se desarrollan en la Cordillera de la Costa de la Provincia de Curicó. Que en esta zona se enfocó en la plantación de pino insigne.

La particularidad de esta especie de conífera es que libera una resina que acidifica la tierra sobre la cual crece, lo que no permite el crecimiento de otras especies vegetales. De ese modo, este monocultivo, genera una pérdida brutal en la biodiversidad y el ecosistema.

Además, consumen grandes cantidades de aguas subterráneas, generando el agotamiento de las napas subterráneas, sequía e incendios. Cabe recordar los devastadores incendios forestales que afectaron a toda la zona centro durante el verano del 2017.

Los árboles nativos de la Cordillera de la Costa en la zona centro corresponden a quillayes, peumos, litres y otras especies del bosque esclerófilo que es único en el mundo. Esas especies fueron reemplazados por los pinos insigne, que son nativos de la costa este de Estados Unidos y que son producidos en masa debido a su rápido crecimiento.

Toda esta industria está amparada y financiada, a través de subsidios, por el Estado de Chile. Que a través del Decreto 701 otorga dinero para la industria forestal. El mismo conflicto que se vive en la Cordillera de los Andes y que aqueja a Ana Zelada, ocurre acá en los bosques que Luis recorría de niño.

Pero este no es todo el problema que la Licancel le trajo al Mataquito y a sus habitantes. Además, esta planta industrial de celulosa ha incurrido en una contaminación sistemática en contra de las aguas del río.

Según un artículo publicado en el sitio web de la Coordinadora por la Defensa del Agua y la Vida, la Planta de Celulosa Licancel incurrió en reiterados derrames de químicos tóxicos en el río, causando un grave daño medioambiental y patrimonial para los habitantes del Mataquito. Hechos que fueron corroborados por la abogada del Consejo de Defensa del Estado y encargada del Área de Medio Ambiente, Ximena Silva.

El primero del que se tiene data ocurrió en diciembre de 1999, cuando en un proceso de limpieza y mantención de sus instalaciones, se derramaron desechos industriales tóxicos lo que generó la muerte de cientos de peces que salieron a flote sin vida en la desembocadura del río.

Luego, en junio de 2007 se descubrió la existencia de dos ductos clandestinos que liberan compuestos tóxicos directamente en el río. Esto constituye una ilegalidad por parte de Licancel, pero además un ánimo de burlar la ley, por lo que las autoridades ordenaron el cierre de la planta por 30 días.

Sin embargo, esa sentencia no fue respetada, porque dos semanas después se produjo un nuevo derrame tóxico en el río, esta vez a causa de una cañería rota.

Se produjo un nuevo derrame en el 2008, a causa de una falla en la cámara neutralizadora y un déficit en la laguna de emergencia de la planta. El resultado fue nuevamente la muerte de cientos de peces, aves y algas tanto en el río como en su desembocadura.

A causa de todos estos derrames químicos, además de la muerte de la flora y fauna fluvial, se produjo un raro fenómeno en la cadena genética de los peces del río. Las nuevas generaciones de peces que sobrevivieron a los derrames nacieron hembras, lo que ha dificultado la renovación de la población y pone en jaque el equilibrio del ecosistema.

Por causa de toda la muerte y contaminación en el río, Celco se vió en la obligación de pagar indemnizaciones a los afectados a causa de la sentencia del Consejo de Defensa del

Estado. Uno de los afectados fue Luis, porque se prohibió la pesca artesanal durante un tiempo porque la carne de los pescados presentó altos índices de toxicidad.

Según Ximena Silva, al observar la forma en que Celco maneja sus industrias forestales y la contaminación que éstas generan, se da cuenta de una política empresarial que no se preocupa por el impacto medioambiental de sus actividades y que prefiere pagar las indemnizaciones que le son condenadas, pues eso constituye un gasto menor que cumplir con las regulaciones que la ley establece.

Por ese motivo, la abogada del consejo insiste en que ante la inconsciencia empresarial hacen falta leyes más estrictas con indemnizaciones mucho mayores que incentiven a cumplir las regulaciones medioambientales y no abordarlas como un gasto menor versus la protección del ecosistema

Luis cuenta que con los 16 millones que recibió como indemnización se compró la camioneta con que hoy saca sus redes del mar. Pero ese cambio generó la pérdida del antiguo modo comunitario de extracción de pesca artesanal.

Además, generó una inconstancia en su principal fuente laboral, por lo que se dedicó más a cuidar el condominio y a construir casas.

El jardín de azucenas

Luis además de cuidar las cabañas de veraneo de algunos ciudadanos curicanos, se dedica a cuidar el jardín. Es un jardín amplio en el que hay una plaza central, alrededor de la cual están ubicadas las siete cabañas que componen el condominio. Dos de ellas, están en ruinas a causa del terremoto.

Son un complejo antiguo construido de adobe vigas de pino del bosque que plantaron en los cerros. El tsunami no llegó hasta las casas, sólo alcanzó a regar el jardín con sus aguas salinas. Pero el terremoto sí afectó las casas y algunas de ellas siguen en estado de ruinas.

Luis considera que la vigilancia de estas cabañas es una labor tranquila y muchas veces aburrida. Cuidar casas que están deshabitadas casi todo el año y cuyo dueños las ocupan un par de semanas durante el verano y uno que otro fin de semana el resto del año.

El fenómeno de las segundas viviendas que convierte en pueblos fantasma a los balnearios y que deja un sabor extraño en la boca de quienes ven ir y venir las masas de gente, mientras ellos permanecen ahí, casi sin poder salir para cuidar algo que no les pertenece.

En ese aburrimiento Luis encontró alegría en el cuidado del jardín. Viendo los renuevos de las flores en primavera y la aparición de los abejorros. Los incansables viajes de los colibríes de una flor a otra. Y el momento en que reaparecen las azucenas.

Las azucenas son una planta que vive bajo tierra casi todo el año y que en primavera emerge para florecer y llenar de color el entorno. Las que florecen en ese jardín fueron todas plantadas por Luis. Son azucenas rosadas de origen sudafricano, pero que se asilvestraron en Chile hace décadas y que crecen naturalmente en el seco y borde costero, reproduciéndose naturalmente por bulbos o papas como se les dice más comúnmente.

Son de color rosado pálido y tiene un tallo grueso sin hojas que eleva sus flores medio metro sobre la tierra. Poseen un olor dulce, parecido al de un damasco maduro recién abierto, que invade de manera sublime el aire que las toca.

Para encontrarlas, Luis se adentraba en los cerros costeros con su pala y desenterraba algunas papas de esta flor para reproducirla en el jardín que cuida. Sin embargo, a causa de la acidificación del suelo que causan los pinos de la industria forestal, cada vez le es más difícil encontrar estas flores en el bosque. Pese a ello, sigue en su búsqueda de azucenas, internándose cada vez más profundo en el bosque, sintiendo cada vez el olor a pinos en el aire y cada vez menos el olor de las azucenas.

Luis emprende una vez más su marcha en el verde profundo del bosque, sus pasos son cada vez más lentos y su ritmo más débil. Pero según él, lo hará hasta que ya no pueda más y hasta que sus piernas no le respondan porque su recompensa es encontrar en medio del bosque el olor dulce de las azucenas.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes documentales:

1. ALBERTO ACOSTA y ULRICH BRAND. “Salida al laberinto capitalista. Decrecimiento y post extractivismo”. -Buenos Aires: Tinta Limón, 2017
2. EDUARDO B.ASTESANO. “La nación sudamericana. Indianidad, negritud y latinidad”. Buenos Aires: Editorial Arena, 2014.
3. MEMORIA ANUAL CELCO. Santiago, 2016
4. MEMORIA ANUAL CONCESIONARIA CONVENTO VIEJO. Santiago, 2016
5. MEMORIA ANUAL FRUTIFOR. Santiago, 2016
6. RENÉ LEÓN. “La historia de curicó. La era colonial”. Imprenta Universitaria, 1952
7. FARIDE ZERÁN. “La guerrilla literaria”. Santiago: Editorial Sudamericana, 1997.

Fuentes de prensa:

8. RODRIGO MUNDACA. “La privatización de las aguas en Chile viola los derechos humanos”. CIPER Chile 17.02.2012
9. MONSERRAT ROLLANO. “Código de Aguas en Chile: un legado de la dictadura que políticos y activistas exigen reformar”. Diario Uchile 26.08.2019
10. RODRIGO FUENTES. “Corpesca: salida alternativa a ex gerente y suspensión de juicio a Orpis marcan la jornada”. Diario Uchile 03.09.2018
11. LUIS ALBERTO RIVERA. “Asamblea general extraordinaria del río Lontué analizará medidas contra la sequía y proyecto embalse”. Vivimos la noticia 24.09.2019
12. LUIS ALBERTO RIVERA. “Junta de vigilancia del río Lontué criticó al gobierno por reacción frente a la sequía en el Maule ”. Vivimos la noticia 26.09.2019

Fuentes vivas:

13. Aldo Barba
14. Ana María Zelada
15. Guillermo Rebolledo
16. Mario Catalán

17. María Inés Moreno
18. Gustavo Veas
19. Miriam Veas
20. Luis Oyarce
21. Carmen Gloria Asenjo
22. Laura Albornoz